

Civil española, por la violencia “fratricida”, por el olvido de la memoria colectiva bajo una dictadura, así como por haberse tratado de un “ensayo” para un teatro de operaciones mayor (en este caso, Vietnam).

Por último, el capítulo ocho trata de la construcción del “imperio mundial” estadounidense, sus transformaciones para con Asia Oriental desde la presidencia de Theodore Roosevelt, el escaso desarrollo de la administración civil y la consecuente apuesta militar para mantener la hegemonía mundial, la importancia de la experiencia coreana en cuanto a estrategia militar en la Guerra Fría, donde predominaría la política de contención propuesta por Kennan frente al *roll back* de Acheson. La política norteamericana hacia Corea desde 1905 había sido respetar la ocupación japonesa como medio de modernización del país; desde Pearl Harbor esta línea cambió drásticamente para asegurar el dominio del Pacífico, impidiendo que Corea cayese en las manos equivocadas. Durante el mandato de Roosevelt se defendió un régimen de fideicomiso cuatripartito (USA, Reino Unido, URSS y China nacionalista), dejando fuera a Japón; sin embargo, este destino para Corea volvió a cambiar con la llegada de Truman.

El último capítulo recoge las conclusiones del autor y recapitula, en general, el papel de la memoria. La Guerra de Corea fue el momento en que Estados Unidos se convirtió en el “policía mundial”, extendiendo sus bases militares por la periferia soviética y aumentando exponencialmente el gasto militar para tal efecto. La Guerra de Corea dotó de una dimensión mundial a la postura norteamericana en la Guerra Fría. Asimismo, para el autor las lecciones extraídas del conflicto fueron determinantes a la hora de encarar el resto de conflictos en el siglo XX, primando la contención sobre la invasión. La Guerra de Corea también hizo arrancar el plan de recuperación de las economías industrializadas (Japón y Alemania) y estimuló enormemente la economía estadounidense.

El inicio de la guerra sigue permaneciendo como una incógnita; no se sabe quién inició las hostilidades (en parte porque la mayoría de los archivos nacionales aún no han abierto la documentación), aunque se reconoce que en el Norte había un plan organizado para la invasión del Sur, si bien este no estaba dictado bajo los intereses ninguna otra potencia. Por su parte el Sur había llenado el panorama de amenazas públicas hacia el

Norte. Los americanos trataron de evitar el conflicto con el Norte no proveyendo de armamento pesado al Sur, así como evitando que provocaran hostilidades en el paralelo 38; objetivo que no consiguieron porque de mayo a diciembre de 1949 todas las hostilidades las iniciaron los surcoreanos. Esta prudencia de USA se debía al miedo a desencadenar la III Guerra Mundial. Cumings desvela que la invasión norcoreana fue ideada por Kim Il-sung por miedo a la recuperación japonesa como parte de la política exterior norteamericana en la región.

Para recapitular, el autor entiende que el conflicto es, primero de todo, una guerra civil atravesada por la dinámica de la guerra fría, lo que dejaría fuera de juego la tesis sobre la invasión norcoreana de Corea. La división de Corea en torno al paralelo 38 y la ocupación norteamericana del sur corresponde a un plan premeditado por el Departamento de Estado de los Estados Unidos en los instantes de la rendición japonesa en 1945. Esta postura defendida por Cumings se corresponde con los documentos internos desclasificados donde los estadounidenses se sorprenden de que los soviéticos no hubiesen ocupado toda la península coreana y se detuvieran en el paralelo 38. El anticomunismo desarrollado en el Sur marcaría, en opinión del autor, la política de contención norteamericana en el Tercer Mundo durante la Guerra Fría. Estamos hablando, en definitiva, de un libro que debe marcar un antes y un después a la hora de entender y recomponer la gramática de la Guerra de Corea y de su inserción en el período de la Guerra Fría.

Flores Sánchez, Manuel, *Lucha Santa: Experiencia religiosa de los curas obreros de la Sierra Sur de Sevilla*. Madrid, PPC, 2011, 269 pp.

Por Francisco Javier Torres Barranco
(Universidad de Cádiz)

Esta obra analiza el equipo sacerdotal de los curas obreros de la Sierra Sur de Sevilla y es resultado de la tesis doctoral que su autor Manuel Flores Sánchez hizo años antes bajo el nombre: *Las profesiones del ángel caído. Fe y praxis de los curas obreros de la Sierra Sur de Sevilla (1969-1989)*, donde describió, desde el campo de la antropología, el trabajo manual del equipo de estos sacerdotes como

albañiles o jornaleros temporeros y su defensa de esos perfiles profesionales. Su título, que no deja indiferente al lector: *Lucha santa, experiencia religiosa de los curas obreros de la Sierra Sur de Sevilla*, hace un completo análisis a las aportaciones más importantes de los curas obreros al mundo del trabajo, de la que destacamos aquella que nos recuerda el autor de ser “el llamamiento a que la clase trabajadora reivindicara un cambio que sobrepasara la conciencia de explotación económica” (pág. 251).

La importancia de la obra radica en poner en valor la memoria de los curas obreros en nuestros días, algo necesario pues, como señala en el propio prólogo de la obra el sociólogo experto en Sociología de la Religión y en el estudio de organizaciones cristianas católicas Rafael Díaz Salazar: “la vida, las luchas y los trabajos [de los curas obreros] constituyen una de las experiencias religiosas, sociales, sindicales y políticas más interesantes que ha habido en este país en los últimos cincuenta años”. Esta relevancia se acrecienta desde el momento en que no está escrita por uno de los protagonistas del fenómeno, por un cura obrero, como solía ocurrir hasta entonces en aquellos trabajos emblemáticos editados para conocer su ministerio: Pérez Pinillos, Julio: *Los curas obreros de España*, Madrid, Nueva Utopía, 2004; Tabares, Esteban: *Los curas obreros, su compromiso y su espíritu*, Madrid, Nueva Utopía, 2004; Centeno Díez, José; Díez Maestro, Luis; Pérez Pinillos, Julio: *Curas obreros*. Barcelona, Herder, 2009, y Quitián, Antonio et al: *Curas obreros. La cruz y el martillo*, Granada, Zumaque, 2009. Al contrario, esta obra está realizada por un científico social que utiliza precisamente el testimonio de los protagonistas como un medio, no como un fin, lo que sitúa a la obra al mismo nivel de otra imprescindible para conocer a los curas obreros de nuestro país desde el punto de vista bibliográfico: Corrales Ortega, Xavier: *De la misa al tajo: La experiencia de los curas obreros*. Valencia, Universidad de Valencia, 2008.

Una de las primeras enseñanzas que muestra la obra es la de trazar el perfil de lo que un cura obrero significaba, ayudando, de forma indirecta, a diferenciarlo de cualquier otro cura progresista o de inclinación al ministerio con los más pobres: de forma individual no aceptaban la paga del cura, no usaban su uniforme: la sotana o el clerygman, ni se relacionaban con las clases altas. A nivel de equipo, compartían los bienes y creaban un espacio humano caracterizado por estrechos vínculos afectivos

que, bajo el principio de la unidad de acción, eran un auténtico testimonio de unión entre la iglesia y los pobres.

Una vez caracterizados los protagonistas de la obra, el autor describe el interesante devenir cronológico del quipo sacerdotal, que pasó de una primera etapa que llama de “ingenuidad”, caracterizada por reproducir el habitual esquema parroquial de las iglesias diocesanas, pasando por otra más alejada del templo y basada en la promoción de valores y de defensa de los derechos de los oprimidos del campo, con la convicción del fomento de la toma de “conciencia obrera” (pág. 63), hasta llegar a otra última de “predicación crítica”, que llevó a que muchos de los habituales feligreses (autoridades y terratenientes entre ellos) no quisieran saber nada ni de los curas obreros ni de sus actuaciones y decidieran, incluso, a ir a recibir los sacramentos a localidades vecinas.

De las últimas dos etapas, el autor se esfuerza en describirnos el proceso de encarnamiento entre la clase jornalera del territorio a través del compartir no solo con ellos el trabajo, sino también el ocio. Para ello, en sus propios domicilios impartían la catequesis que se organizaban actividades reivindicativas obreras o se arreglaban trámites cotidianos incomprensibles para muchos lugareños. Este análisis del autor es necesario para hacer comprender al lector que sólo con ese encarnamiento se podría conseguir una conciencia de clase de necesaria para implementar el empoderamiento de la clase proletaria y jornalera que se habían encomendado como misión, y cuya praxis debía ser que ellos (los obreros) fueran los protagonistas de su propia liberación.

Al respecto, es interesante el análisis del camino que transitan los curas obreros en ese itinerario, que transitó desde la parroquia (a las que estaban adscritos canónicamente pero que les asfixiaba, en palabras del autor) que se fue abandonando poco a poco, hasta las comunidades de base, lugar de encuentro donde sólo se exigía ser cristiano. Ágora que entendían más natural para la celebración de la fe con sus vecinos y caracterizada por ser un espacio de libertad útil para la reflexión y la dinamización del tejido social. Desde esa plataforma y el tajo era plausible la evangelización que propugnaban, basada no tanto en la palabra, sino en la experiencia, pues concibieron la praxis de su misión como un servicio basado en su presencia, silenciosa y activa, entre los jornaleros.

Pero donde se puede encontrar una de las mayores virtudes de la obra es en el análisis tan profundo que se hace de una de las máximas expresiones de implicación en el movimiento sindical por parte de los curas obreros españoles, que no fue otra que la creación de un sindicato: el SOC. Sobre su génesis nos advierte Flores de que, aunque no se les puede responsabilizar a los curas obreros en exclusiva de su creación (pues junto a ellos estuvieron otros curas no obreros y algunos líderes sindicalistas andaluces), sin ellos no se podría entender ni su expansión por los pueblos de la comarca ni la repercusión de las acciones colectivas de los mismos curas obreros, pues la mayoría de ellas siempre se harían desde el SOC.

Que los curas obreros dieran el salto hacia la creación o apoyo a la instauración de unas nuevas siglas sindicales hay que entenderlo porque, a diferencia de otros muchos territorios andaluces y nacionales, la Sierra Sur de Sevilla se caracterizaba por la ausencia total de vida política y sindical hasta la llegada de los protagonistas de la obra. Y es que, en otras latitudes los curas obreros que se decidieran dar el salto a la inclusión en el movimiento sindical y la consecuente implicación en sus acciones la tarea fue más sencilla, sólo debían incorporarse a las filas de alguno de los sindicatos del abanico que ofrecía en el territorio (aunque incluso en sus años de clandestinidad) como la U.S.O, la U.G.T. o las CC.OO.

En el campo político pasaba algo similar, si el cura obrero de otros territorios que optaba por la militancia política en algún partido clandestino tenía varias siglas entre las que decidir a adherirse (PCE, PSOE, etc.), en la Sierra Sur de Sevilla ocurrió algo diferente y se dio de nuevo un paso más en la militancia política, llegándose a crear por parte de los curas obreros un partido político: el CUT, creado en la primavera de 1979. Si significativo es este hecho en sí mismo, lo es más la finalidad por la que lo fundaron, que no fue otra que no tener que “adscribirse a la ideología proclamada por cualquier partido político” (pág. 79).

El autor acaba con unas interesantes conclusiones en las que resumen la misión del cura obrero de la Sierra Sur de Sevilla en base a sus roles de profetas. Es decir, de la utilización sistemática de la denuncia profética como arma. Esta decisión les llevó no solo a una denuncia política recurrente, que fue la que más fama les dio, sino también a otra de denuncia religiosa, criticando duramente a la institución a la que pertenecían por sus continuos ejemplos de antitestimonio y de ausencia de iglesia

pobre e inclinada hacia los más desfavorecidos. Todo ello porque solo puede entenderse su ministerio como una *lucha santa* a favor de los derechos sociales de las comunidades y un deseo de difusión del mensaje religioso pasado por el tamiz de la esperanza en el futuro de los proletarios y jornaleros de sus feligresías.

Para acabar, señalar que en el trabajo de campo que dio lugar a la elaboración del libro se trabajó, como viene siendo habitual en los estudios de Historia Actual, las fuentes orales como una aportación valiosa, no sólo por el hecho de poner voz a personas que, por su avanzada edad no tendrían muchas otras oportunidades de aportar con sus testimonios sus experiencias y opiniones al estudio histórico propuesto, sino porque proporcionaron informaciones referentes a la percepción y vivencia de los acontecimientos en primera persona, únicos y relevantes de sus protagonistas: Diamantino García, Enrique Priego, Esteban Tabares, Miguel Pérez y Juan Heredia.

Monedero, Juan Carlos, *La transición contada a nuestros padres. Nocturno de la democracia española*. Madrid, Los Libros de la Catarata, 2011, 270 pp.

Por Miguel Ángel González Claros
(Universidad de Cádiz)

Tras la muerte de Franco se inició el proceso conocido como la Transición. Un período sumamente importante en la historia de España en el que los ganadores y perdedores, vencedores y vencidos, renunciaron a pedir cuentas. Un discurso que ha recorrido décadas y que ha permitido que la actividad política desarrollada a lo largo de los años se adaptara al mismo e impidiera la demanda de justicia ante la impunidad de la dictadura.

Un relato mítico de la Transición que ha sido puesto en tela de juicio por las nuevas generaciones, los nietos de quienes vivieron la Guerra Civil. A ellos no les convence la versión oficial, no comprenden el olvido impuesto sobre la Segunda República, la dictadura del general Franco y de la recuperación de la democracia. Así pues *La Transición contada a nuestros padres*, parte de la idea de que hay que revisar la Transición para tratar de explicar y comprender la actual situación crítica donde los jóvenes no se sienten representado por